

un viaje á Italia. Esta falta no tiene nada de grave, y más que una falta es una aventura vulgar y casi burguesa. Pero no así la que cometió en 1772, en Marsella.

En 1772, efectivamente, el autor de *Justina*, acompañado de uno de sus leales servidores, invitó á cenar á todas las cortesanas de la metrópoli del Mediodía. La cena fué una bacanal sin precedentes. Á la hora de los postres cada una de las invitadas comió un pastelito en el cual el anfitrión había puesto una cantárida pulverizada. El final de la fiesta debe, pues, de haber sido la más frenética de las orgías y la más delirante de las cenas. No obstante, nadie habría tenido noticia de estas agapas, á no ser porque al día siguiente, algunas de las cortesanas fueron encontradas muertas bajo la mesa del festín. La justicia se metió de nuevo en los asuntos del Marqués y le condenó á muerte por crimen de inmoralidad y envenenamiento.

Como en aquella época las prisiones estaban generalmente menos bien vigiladas que en nuestros días, el Marqués se escapó de la suya y se refugió en Italia, donde el rey de Cerdeña le condenó, algo más tarde, á algunos meses de presidio por crímenes análogos, aunque menos graves que los de París y Marsella.

En 1777, un tribunal del rey de Francia anuló la

sentencia de muerte pronunciada cinco años antes y condenó al « prevenido » á 50 libras de multa y á relegación temporal. Algunos meses después fué detenido de nuevo y conducido á la Bastilla, de donde no salió sino para ser llevado, diez años más tarde, al manicomio de Charentón.

En 1790 un decreto de la Asamblea Constituyente, ordenó que todos los que habían sido encerrados como locos en los asilos públicos por orden de autoridades reales, fuesen puestos en libertad. El marqués de Sade salió de Charentón y, al verse fuera, llegó á figurarse que su trastorno había sido verdadero, de tal modo las cosas habían cambiado en París. Luis XV había muerto; Luis XVI había sido guillotinado; Trianón estaba desierto; todos los nobles habíanse refugiado fuera de Francia para escapar á las sentencias del Tribunal revolucionario. En su propia casa no quedaba nada de lo que él había dejado: su esposa se había refugiado en un convento: sus servidores... Dios lo sabía; — de su fortuna sólo quedaba el recuerdo.

Para poder vivir, el novelista de *Julieta*, escribió algunas obras dramáticas que fueron aplaudidas durante los primeros años de la Gran Revolución y que le granjearon la simpatía de los nuevos hombres influyentes. En 1792 «el antiguo Marqués» fué nombrado secretario de la sociedad de «las picas popu-

lares » y fué considerado como uno de los mejores defensores de la Libertad, hasta que un miembro del Comité de Salvación Pública, le acusó como aristócrata y le hizo encerrar en la cárcel del Picpus. Su nuevo cautiverio duró un año.

Al recobrar, por tercera ó cuarta vez, su libertad, el Marqués se consagró en absoluto á sus placeres amorosos y á sus aficiones literarias. Durante algún tiempo fué dichoso ó por lo menos vivió alejado de todo lo que á jueces y policiales se refiere. La gran actividad política y militar de la época, hacía que sus actos «pasasen desapercibidos». Las quejas de sus víctimas se perdían entre la algazara de júbilo de los ejércitos triunfantes.

Empero, llegó un día en que los esbirros consulares descubrieron en las tiendas de los librereros *Justina*, *Julieta*, los *Crímenes del amor*, *Filosofía en el Boudoir*, etc. El Marqués (el divino Marqués, como Paul Bourget le llama) fué condenado á reclusión perpetua y acabó sus días en el asilo de Charentón.

Un cronista del Imperio nos da algunos datos sobre los últimos años del gran libertino. « Durante su cautiverio final — dice — el Marqués conservó sus aficiones y sus instintos innobles. Cuando se paseaba por los jardines dibujaba figuras y signos obscenos en la arena; cuando alguien venía á verle, sus pri-

meras palabras eran lujuriosas, aunque muy amables. Sus cabellos eran blancos y muy lindos; su aspecto simpático. Poco tiempo antes de morir, parecía aún un anciano robusto y sin ninguna enfermedad ». He aquí la fecha de su muerte: 2 de Diciembre de 1814.

VII

CASOS PASIONALES

Antes de pasar al análisis del masochismo, permítase me citar dos casos curiosos: uno de sadismo femenino y otro de sadismo que podría llamarse cómico.

« Un hombre casado viene á verme y me enseña una multitud de cicatrices en el brazo. He aquí lo que me dice sobre el origen de esas cicatrices: cada vez que quiere acercarse á su mujer, que es algo nerviosa, tiene necesidad de hacerse una herida en el brazo. Ella chupa la sangre de la herida con un placer infinito. » (*Neuro Psicopatía General*).

« Un hombre casado no tenía con su mujer sino las relaciones siguientes: ella debía dejarse ennegrecer las manos con carbón ó con otra substancia cualquiera; en seguida debía colocarse ante un es-

pejo de manera que el marido pudiese contemplar en el espejo las manos sucias. Después de un rato de contemplación y de charla, el marido se marchaba muy satisfecho. » (*Higiene del amor* del doctor Pascal.)

VIII

EL AMOR DEL DOLOR

« *Inspira-t-on jamais l'amour
» par la frayeur?*

» CREBILLON. »

Sacher-Masoch habría respondido que sí; que el pánico y el sufrimiento inspiran á veces el amor y proporcionan muy á menudo el placer. Juan Jacobo Rousseau, el gran enamorado de las damas crueles, también habría respondido que sí. Y también ese pobre barón Hulot, que vivió amando, que arruinó á su familia por amor, que llegó á robar por amor y que murió de amor, habría respondido que sí.

Los masoquistas, en efecto, necesitan sufrir para gozar, (al contrario de los sadistas que para gozar necesitan hacer sufrir).

« El masoquismo — dice el autor de *Degeneración*

— es una sub-especie de la sensación sexual contraria. »

¿ Os parece obscura esa definición? Pues oid de nuevo la palabra de Krafft-Ebing:

« El masoquismo — dice en la *Psychopathia Sexualis* — es una perversión particular psíquica que hace que el individuo, en sus pensamientos y en sus sentimientos eróticos, sea esclavo del deseo de someterse á una persona de sexo diferente, hasta el punto de desear que esa persona le haga sufrir humillaciones y tormentos. Esta idea va acompañada de una sensación voluptuosa. El masoquista goza imaginándose escenas de ese género y muy amenudo trata de realizar esas escenas y no es capaz de amar sino á los que lo atormentan física ó moralmente ».

Después de esta definición general, el ilustre profesor de Viena nos explica las causas y los síntomas fisiológicos de la enfermedad. Según su opinión, el masoquismo es á veces el resultado de la debilidad espinal. Pero esta parte de su estudio no tiene, para nosotros, casi ninguna importancia, puesto que nuestro punto de vista es puramente psíquico y sentimental.

Lo que sí nos interesa, y en alto grado, son las siguientes reflexiones relativas al estado general del masoquista: « ¿ Puede existir el masoquismo en un individuo físicamente sano ó es un mal que domin

por completo al enfermo? ¿Hasta qué punto llega el deseo de procurarse placeres perversos, en el masoquista? Para responder á estas preguntas, es, ante todo, necesario considerar la intensidad del mal, de la fuerza de los móviles contrarios, éticos y estéticos, así como el vigor del individuo mismo. Psicopáticamente considerado, el asunto se reduce á saber si el masoquista necesita ser maltratado por una persona del otro sexo para gozar, y esto puede asegurarse desde luego gracias á las mil observaciones de que la ciencia dispone ya ».

El masoquismo, lo mismo que el sadismo, conduce de los actos más cómicos y más pueriles, á los actos más atroces. Sin embargo, en tanto que el sadista tiene, en apoyo de su instinto, ese sentimiento de crueldad relativa innato en el hombre, al cual nos referimos antes, el masoquista encuentra un dique á su propia pasión en el instinto de la conservación animal. Imaginariamente, algunos masoquistas han llegado á sentir un gran placer creyendo que una mujer les asesinaba; pero en realidad ningún médico ha citado aún el caso real y patológico de un hombre haciéndose matar por voluptuosidad.

Los masoquistas, en general, se contentan con un sufrimiento relativo: latigazos ó heridas leves.

En Inglaterra, ó más bien en Londres, los casos de masoquismo son muy comunes, sobre todo en la

alta sociedad. Oscar Wild, el pobre prisionero de la hipocresía británica, me contaba hace tiempo una anécdota de la cual pensaba sacar una novela. Lord X***, millonario, constructor de buques y orador político de gran talento, era uno de los gentlemans más ingeniosos de la alta sociedad londonense; su entrada en un salón era siempre un triunfo; las damas, sobre todo, mostraban por él una simpatía muy especial y muy ardiente. Durante muchos años el noble lord fué un verdadero don Juan: todas las mujeres bellas y ligeras, habían pasado por su alcoba y él había pasado por las de muchas damas que no tenían nada de ligeras, por lo menos en apariencia. Pero un buen día el noble millonario se aburrió de sus intrigas y quiso buscar placeres nuevos: hizo un viaje á la India: al principio las mujeres de la India le gustaron; luego le parecieron idénticas á las de la Gran Bretaña; fué á Egipto, fué al Senegal, fué á todas partes; y en todas partes la monotonía del amor llenó de tristeza su alma inquieta. « He agotado todos los placeres — se dijo á sí mismo; — mi vida no tiene ya nada que esperar... tal vez la muerte... » Tomó un puñal y quiso matarse; más al sentir el principio de la herida, experimentó una sensación tan agradable, un deseo tan intenso de seguir sufriendo, que renunció al suicidio. Como era un hábil esgrimista, convirtióse en espadachín con ob-

jeto de recibir heridas. Su existencia de matamoro duró tres años, al cabo de los cuales quiso, como buen inglés y como buen comerciante, metodizar sus goces. Fundó, pues, una academia de box y de esgrima para las mujeres: él era el profesor y se arreglaba de modo que sus discípulas le golpeasen siempre. Un día la más robusta de sus alumnas llegó algo borracha, le dió un beso y en seguida le propuso un asalto con floretes verdaderos, con floretes que tuviesen punta. El lord aceptó. En el primer enganche de armas la muchacha le dió una herida que ocasionó la muerte del lord. Pero lo curioso, lo extraordinario, lo épico, es que la herida no era mortal y que si el millonario inglés sucumbió, no fué justamente á causa de ella, sino del placer extremo que sintió al recibirla después de haber recibido un beso.

— « ¿No es verdad — decíame Oscar Wild — que la aventura es encantadora? »

Encantadora tal vez no; pero en todo caso es interesante y muestra, mejor que ningún ejemplo clínico, el estado de alma de los masoquistas.

IX

EL MASOQUISMO DE J. J. ROUSSEAU

El masoquismo, lo mismo que casi todas las dolencias sentimentales, fué analizado por los literatos mucho antes de que los sabios descubriesen sus causas y examinasen sus manifestaciones psicopáticas.

El estudio científico del placer en el dolor propio, no data, en efecto, sino de algunos años, de dos ó tres lustros á lo más. Su aparición como elemento poético y novelesco, es, en cambio, antiquísimo. En las vidas de los mártires que saboreaban sus dolores con un goce verdaderamente febril y que soliciaban los tormentos físicos como complemento del amor divino, pueden encontrarse infinidad de ejemplos de sublime masoquismo.

Los párrafos de las memorias de Juan Jacobo relativos á su amor prematuro por mademoiselle de Lamercier, la orgullosa hermana de su maestro, son también escenas de masoquismo tan caracterizadas y tan ejemplares, que han inspirado dos libros psiquiátricos á dos sabios modernos: Moebius y Chatelain.

« Durante algún tiempo — dice Rousseau en una

página de *Las Confesiones* — la señorita de Lam-
 bercier no hizo más que amenazarnos con un cas-
 tigo que para mí era enteramente nuevo, y que, por
 lo mismo, me parecía terrible; pero después de la
 ejecución, el tal castigo me pareció menos espantoso;
 y lo raro es que ese castigo me inspiró más simpa-
 tía aún hacia la que me lo había impuesto. Si no
 hubiera sido por lo mucho que yo quería á mi maestro
 y por mi dulzura natural, yo hubiera tratado de en-
 contrar muchos pretextos para incurrir de nuevo en
 su cólera y hacerme castigar á menudo; porque la
 verdad es que yo había encontrado en el dolor, en la
 vergüenza misma, una mezcla de sensualismo que
 me inspiraba más deseos de recibirlo de la misma
 persona, que miedo real. Sin embargo, como en ese
 sentimiento existía sin duda un instinto precoz
 del sexo, el mismo castigo, recibido de manos de su
 hermano, no me habría gustado; pero como él te-
 nía buen carácter, no era de temerse una sustitu-
 ción; y si yo me abstenía de merecer una corrección,
 era únicamente por temor de disgustar á la señorita
 Lambercier... La repetición del castigo, llegó, pues,
 sin que yo lo provocase por lo menos voluntaria-
 mente, y así puede gozar de él en toda tranquilidad
 de conciencia. Esta segunda vez fué también la última,
 porque la señorita Lambercier, habiendo también,
 sin duda, comprendido que el castigo no producía

en mí los efectos que ella se proponía, declaró que
 renunciaba á darme de azotes porque eso la fatigaba
 mucho. Hasta entonces, nosotros habíamos dormido
 en su propio cuarto, y, en ciertos días de invierno, en
 su propia cama. Dos días después se nos obligó á
 dormir aparte, y desde entonces pude tener el honor,
 que yo no deseaba, de ver que ella me trataba como
 á un muchacho serio. ¿Quién creería que ese castigo
 infantil, recibido á los ocho años, de una mujer de
 treinta, ha determinado mis gustos, mis deseos, mis
 pasiones, y ha tenido una influencia definitiva en el
 resto de vida, y eso precisamente de una manera
 contraria á la natural? Al mismo tiempo que mis sen-
 tidos despertaron y se inflamaron, mis deseos se
 acostumbraron al placer ya experimentado, hasta el
 punto de no procurarse otros goces. Con la sangre
 hirviente de sensualidad casi desde mi nacimiento,
 me conservé puro de toda mancha hasta la edad en
 que los temperamentos más fríos y más tardíos se
 desenvuelven. Atormentado largo tiempo sin cono-
 cer la causa, devoraba con mirada ardiente á las per-
 sonas hermosas; recordábamelas sin cesar mi ima-
 ginación, únicamente para representármelas á mi
 manera y hacer de ellas otras tantas señoritas Lam-
 bercier. Hasta después de la edad núbil, ese gusto
 extraño, siempre persistente, llevado á la deprava-
 ción, y a la locura, ha conservado, en mí, las cos-

tumbres honestas de que, al parecer, debiera haberme apartado. La educación que recibí fué casta y sencilla como la que más. Mis tres tías no eran solamente personas de una prudencia ejemplar; tenían además una reserva desconocida para las mujeres del día. Mi padre, hombre dado á los placeres, pero galante á la antigua usanza, no tuvo nunca, ni siquiera con las mujeres á quienes más amó, sino palabras que no hubieran causado rubor ni á una virgen; jamás se llevó á tal extremo como en mi familia y delante de mí, el respeto que se debe á la niñez. No era objeto de menos atenciones en casa de la señora Lamercier sobre el mismo punto, y una criada excelente que tenían, fué despedida á causa de una palabra algo alegre que pronunció ante nosotros. No sólo no tuve hasta mi adolescencia ninguna idea clara de la unión de los sexos, sino que nunca tal idea se ofreció á mi consideración de modo que no fuera asqueroso ú odioso. — Sentía hacia las mujeres públicas un horror que jamás he perdido desde entonces; no podía ver un hombre de malas costumbres sin desdén, y hasta horror me causaba; á tal punto llegaba mi aversión por la lujuria, desde el día en que, yendo á Sacconez por un camino estrecho, ví á uno y otro lado diversos huecos en la tierra, en los cuales me dijeron que las parejas se entregaban al placer. Recordaba los perros que había visto

ligados, pensaba en las personas y mi corazón se sublevaba con sólo ese recuerdo. Tales prejuicios de la educación, propios por sí mismos á retardar las explosiones primeras de un temperamento ardiente, fueron ayudados, como ya he dicho, por la diversión que me causaron los primeros asomos de la sensualidad. Imaginando sólo lo que había sentido, á pesar de las molestas efervescencias de la sangre, no acertaba á llevar mis deseos sino hacia la especie de goce que conocía, sin llegar nunca al que me hicieron considerar como odioso y que tan cerca estaba del otro sin que yo lo advirtiera. En mis locas fantasías, en mis eróticos furores, en los actos extravagantes á que aquéllas me conducían algunas veces, me servía imaginariamente del auxilio del otro sexo, sin pensar nunca que fuera propio á ningún uso diferente del que yo ardía en deseos de saciar. »

X

CASOS LITERARIOS

Lombroso, en *El hombre de Genio*, estudia largamente el masoquismo de Baudelaire; Ebing pretende que ciertos libros de Zola, como *Nana*, contienen elementos masoquistas, y Max Nordau cree que algu-

nos capítulos de Balzac y muchos dramas de Ibsen son también masoquistas.

Pero la escena masoquista que nadie ha citado aún y que sin embargo es la más ardiente, la más cruel y la más franca, se encuentra en un drama inglés del siglo XVII, *Venecia salvada*, de Otway. En el segundo acto de la pieza, un senador llamado Antonio va á casa de la cortesana Aquilina con objeto de buscar, en los goces de la humillación, algún reposo y algún alivio para sus ansias secretas. La escena es atrevida, sin velos convencionales ni reticencias hipócritas. — « Paréceme — dice el anciano vicioso, volviéndose hacia la cortesana, — paréceme que deseo ser un perro ». Y comienza á arrastrarse por el suelo, gritando : — « ... Patéame, te lo suplico, te lo ruego, patéame, patéame, patéame ! ». La vendedora de caricias, temblando de espanto y de horror, obedece por ganar el oro que le ha prometido el patricio. Éste se retuerce como un verdadero perro, aullando, sacando la lengua para lamer las botas que le hieren y haciendo á veces como si quisiera morder. De pronto la cortesana Aquilina, en la exaltación real de su disgusto, toma un látigo y comienza á azotar al viejo libidinoso que se arrastra á sus pies, que grita, que babea y que se retuerce, agonizante de goce, jadeante de satisfacción, en espasmos de placer doloroso, mientras el látigo le persigue sin

piedad, envolviéndole en un círculo de caricias sangrientas.

XI

SACHER MASOCH

Los médicos y los fisiólogos que se han consagrado al estudio de las anomalías sexuales, nos hablan del masoquismo como de una enfermedad casi exclusivamente femenina. « Mientras el sadismo puede ser considerado como una excrescencia patológica del carácter viril — dice un profesor alemán, — el masoquismo es más bien una excrescencia mórbida de las particularidades propias á la mujer. »

Los poetas y los psicólogos, sin embargo, no establecen diferencia ninguna entre las propensiones morbosas de los sexos, desde el punto de vista de las dolencias sentimentales. Sacher Masoch presenta en sus obras un número igual de casos masoquistas masculinos que de casos femeninos.

Los primeros libros de Sacher Masoch no nos ofrecen ningún interés desde el punto de vista de las enfermedades sentimentales. Producciones de pura erudición, esos libros habrían podido ser escritos por cualquier profesor, por cualquier bibliotecario y

aun por cualquier académico. Sus amigos, sin embargo, creían que Masoch había venido al mundo para producir una obra histórica monumental, y le aconsejaban que emprendiese un trabajo definitivo, es decir, un cronicón en diez ó doce volúmenes. Pero él, que tenía más ingenio que la generalidad de los « universitarios » alemanes, se contentó con publicar, después de haber oído las amonestaciones de todo el mundo, un folleto de cincuenta páginas titulado *Don Juan de Quolomea*. ¿Un episodio inédito de la historia de España? No; una novela corta, una simple novela, una historia de seres sin nombre y sin historia, en la cual se ve á un polaco enamorado de los ojos crueles de una rusa y á un ruso que no conoce sino el placer de beber vinos de Francia en un zapato de su querida.

Luego vinieron otras obras de pura observación y de pura realidad viviente: *Claro de luna*, *Marcela*, *Frinco Balaban*, *Kaunitz*, *Un testamento*, *La herencia de Cain*, etc. « La idea completa de sus cuentos — dice Bentzon — vino á Sacher Masoch durante sus viajes por Europa, después de haber renunciado al profesorado y á la historia. Por un fenómeno bastante singular, el cuentista se sentía, al viajar por Italia, llevado imaginativamente hacia los Karpathes, hacia el Lago Negro, hacia el país de los campesinos de la Galitzia. Las creencias, la cordura pasiva y las

tradiciones de esos campesinos, se combinaban en el fondo de su cerebro con las doctrinas filosóficas de Schopenhauer, que en realidad no son sino la expresión de un budhismo « muy esclavo ». Las doctrinas de Carlos Darwin contribuyeron también á establecer los cimientos del proceso gigantesco que intentaba contra la humanidad ó más bien contra la herencia de la humanidad, á saber: el amor, ó sea la guerra entre los sexos; la propiedad, hija de la violencia y madre de la discordia, y la guerra, crimen horrible disfrazado de patriotismo. » Estas líneas resumen la filosofía social de Sacher Masoch.

XII

UN CASO DE MASOQUISMO

Como en este estudio lo que más nos interesa son los ejemplos, y sobre todo las confesiones sinceras de los enfermos sentimentales, recomiendo á mis lectores que pongan gran atención en las siguientes confidencias escritas por un masoquista alemán:

« Tengo treinta y cinco años, mi estado intelectual y físico es normal. En mi parentela — así en línea directa como colateral — no conozco caso alguno de perturbación psíquica. Nací yo cuando mi

padre tenía unos treinta años. Según lo que he podido entender, la predilección de mi padre era por las mujeres de elevada estatura y de formas bien llenas.

» Ya desde mi primera infancia me recreaba yo en la representación de ideas que tenían por tema el poder absoluto de un hombre sobre otro. La idea de esclavitud me producía cierta excitación y me emocionaba con igual fuerza, lo mismo imaginándome amo que siervo. Excitábame sobremanera el pensamiento de que un hombre pudiese poseer á otro, venderle, pegarle; la lectura de *La cabaña del tío Tom* (obra que leí al comienzo de mi pubertad) me causaba placer. Principalmente me excitaba la idea de que un hombre fuese enganchado á un coche y en éste otro hombre sentado, dando latigazos al primero y haciéndole caminar así.

» Hasta la edad de veinte años fueron estas ideas vagas y sin sexo, es decir, que el hombre que yo veía enganchado, en mi imaginación, era una tercera persona (no yo mismo), y la persona que guiaba no era, por necesidad, del sexo femenino.

» Así, pues, tales ideas no influían en mi instinto sexual... como en la manifestación de este instinto. Sin embargo, sentía yo grande predilección por las mujeres rollizas, de edad madura, altas, bien que tampoco desdeñase las jóvenes.

» Á partir de los veintiún años comenzaron á

« objetivarse » mis imágenes, añadiéndoles alguna cosa « esencial », y fué que el « ama » debía ser persona fornida, grande, de cuarenta años por lo menos. Desde este momento me vi sometido siempre á mis ideas. Mi ama era una mujer brutal, que me explotaba en todos conceptos, hasta en el sexual, que me enganchaba á su coche y en él se paseaba; una mujer á la que yo debía seguir como un perro y á los pies de la cual debía acostarme desnudo para que me pisase y azotase.

» Esta fué la base permanente de mis representaciones imaginativas, en derredor de las cuales se agrupaban las demás imágenes.

» Entregado á estas ideas, experimentaba placer grande. Á consecuencia de ésto, buscaba yo siempre mujer cuyo exterior correspondiese á mi ideal, según las imágenes en cuestión; aunque, por otra parte, no renunciase completamente á las demás mujeres, en el orden natural del caso.

» Bien se ve que no llevaba una vida excesivamente anormal en lo tocante al sexo; pero aquellas imágenes se ofrecían á mi espíritu periódicamente y con regularidad, siendo casi siempre las mismas las escenas que mi imaginación evocaba. Á medida que iba en aumento mi instinto sexual, se hacían más frecuentes y duraderas las imágenes. Hoy se me representan cada quince días ó tres semanas. Nunca he

tratado de dar cuerpo á estas imaginaciones muy determinadas y características, esto es, nunca he tratado de relacionarlas con el mundo exterior. Me he contentado con deleitarme en la imaginación, pues me hallaba profundamente convencido de que jamás obtendría una realización de mi « ideal », ni aun siquiera una realización aproximada. La idea de acomodar al efecto una escena, me parecía ridícula é inútil, pues la persona á quien yo pagase, nunca ocuparía, en mi concepto, el lugar de « una soberana cruel ». Dudo que haya mujeres de tendencias sádicas, tales como las heroínas de las novelas de Sacher-Masoch. Y aunque las hubiera, y yo tuviese la dicha de encontrar una, mis relaciones con ella en la vida real me habrían dado siempre una idea de comedia.

» ¡ Pues bien ! pensaba yo, si cayese en esclavitud de siervo de alguna mesalina, creo que, á consecuencia de las privaciones que me impusiera, pronto me cansaría de aquella tan deseada vida, y que en los intervalos de lucidez haría cuanto pudiese para recuperar mi libertad.

» No me parece fuera de propósito el observar que en mis demás ideas y sentimientos tengo disposiciones estéticas, y que me repugnan en el mayor grado los malos tratos inferidos á un hombre. Finalmente, concedo también importancia á la forma del diálogo. En mis imaginaciones es esencial que

la « soberana » me tutee, mientras que yo estoy obligado á llamarla de « usted » y de « señora ». El hecho de ser tuteado por una persona que se preste á ello como expresión de un poderío absoluto, desde mi primera juventud me causó sensaciones voluptuosas y sigue causándomelas hoy.

» Tuve la suerte de encontrar una mujer que me conviene por todos conceptos, hasta por el sexual, aunque esté muy lejos de parecerse á mi ideal masoquista.

» Los primeros meses de mi matrimonio transcurrieron de modo normal, por lo tocante al amor. No experimenté ningún acceso masoquista y casi perdí por completo la tendencia á éste. Pero acaeció el primer parto de mi mujer, y, en consecuencia, me vi en abstención amorosa. Entonces me acometieron nuevos ataques masoquistas.

» Y á este propósito notaré el hecho de que al reanudar más tarde la vida conyugal, ya no pude prescindir de mis ideas masoquistas.

» En cuanto á la esencia del masoquismo, opino que las referidas ideas, y por consiguiente el lado intelectual, constituyen lo principal del fenómeno mismo. Si la realización de las ideas masoquistas (y por consiguiente la flagelación pasiva, etc.) fuese el fin deseado, no podría explicarse el hecho contradictorio de que una gran parte de los masoquistas jamás tra-

ten de realizar sus pensamientos, ó que, si lo intentan, salgan completamente desilusionados ó al menos sin la satisfacción que de ello esperaban.

» No quisiera perder esta ocasión de confirmar, por mi experiencia propia, que es muy considerable el número de masoquistas, sobre todo en las grandes capitales. Cierta clase de mujeres son las únicas que pueden suministrar informes en esta materia. Está probado que las más experimentadas no dejan de tener algún instrumento de flagelación: si bien conviene advertir que algunos hombres se hacen azotar, no á causa de ideas masoquistas, sino como procedimiento para fines corrientes.

» Por otra parte, casi todas las mujeres indicadas están conformes en afirmar que algunos hombres gustan de representar el papel de esclavos, que quieren ser tratados así y se dejan injuriar y maltratar. En una palabra: el número de masoquistas es mayor de lo que se supone.

» La lectura de un libro sobre este asunto me produjo grandísima impresión. Me creí curado; curación conforme á la máxima « comprenderlo todo es sanar de todo ».

» Cierto que el concepto de curación debe tomarse con ciertas restricciones, y que han de distinguirse los sentimientos generales y las ideas concretas. Los primeros no pueden suprimirse nunca: surgen como

el rayo; allí están y no se sabe cómo ni de dónde vienen. Pero se puede evitar la práctica del masoquismo, el abandono de las imágenes concretas y coherentes, ó al menos se las puede contrarrestar en cierto modo.

» Actualmente ha cambiado mi situación. Y me digo: ¡Cómo! ¿Me entusiasmo por motivos que no sólo repugnan al sentido estético de los demás, sino también al mío? ¿Tengo por hermoso y codiciable lo que, bien examinado, es feo, bajo, ridículo y, al mismo tiempo, imposible? ¿Deseo un estado en el cual realmente jamás querría verme? Tales son los razonamientos que obran como reactivos y deshacen los fantasmas imaginativos. En efecto, después de leído el libro á que hago referencia, no me dejé llevar de la fantasía ni una vez sola, por más que las tendencias masoquistas se me revelaran con intervalos regulares.

» Confieso que á pesar de su manifiesto carácter patológico, no solamente ha sido incapaz de alterar mi vida el masoquismo, sino de ejercer la menor influencia en mi modo de ser. Durante el período exento de masoquismo, soy un hombre enteramente normal en cuanto se refiere á mis actos y á mis ideas. Llegado el acceso masoquista, experimento grande revolución en mis afectos pero nada cambia en mi vida exterior. Ejercí una profesión que me